

## P R O L O G O

para la edición en español de  
LOS NOMADES DEL MAR  
de J. Empeaire\*

En marzo de 1946, el barco de una compañía chilena de navegación desembarcaba sobre las costas desoladas de la Isla Wellington, en los archipiélagos de la Patagonia austral, a dos etnólogos franceses: Joseph Empeaire y el Dr. Louis Robin. Los cajones que contenían el material de la misión fueron amontonados entre un modesto puesto militar, custodiado por un sargento de la aviación chilena, y cuatro chozas que constituían entonces el punto de reunión de los últimos fueguinos de los archipiélagos de Magallanes. El barco volvió a partir.

Durante veintidós meses los dos hombres no tuvieron otra compañía que la de este pequeño grupo humano perdido entre las brumas de los archipiélagos. Los primeros contactos fueron difíciles pero, poco a poco, una amistad inusitada fue estableciéndose entre los recién llegados y las escasas familias alacalufes que, por períodos, aún llevaban la vida nómada de sus antepasados y aceptaban ser acompañadas en sus fantásticos recorridos a través de las soledades de los canales. El relato de esta larga convivencia y los resultados científicos obtenidos durante esta misión, constituyen el objeto de LOS NÓMADES DEL MAR.

Mientras el Dr. Robin emprendía otras tareas en otros continentes, Joseph Empeaire, que se había sentido profundamente ligado a estas comarcas donde había descubierto un mundo nuevo, pensaba volver a ellas. Había consagrado un mismo amor a la Patagonia y sus habitantes, y a Chile entero. De regreso en Francia, en septiembre de 1948, soñaba ya con emprender nuevos viajes hacia esos mismos horizontes.

Pero los alacalufes, como los demás indios del extremo austral del continente americano, habían entrado desde comienzos del siglo por el camino de la extinción.

\*Contingencias insuperables impidieron la aparición de este prólogo en la 1ª edición del libro que presenta. Atendiendo a su interés informativo, a su carácter de verdadero comentario a la obra, a las consideraciones generales sobre el investigador y su abierta y generosa disposición humana, vuelve a ser oportuna su publicación aquí.

Su grupo disminuía rápidamente. Los sobrevivientes, generalmente, unían su suerte a la de los pescadores chilotes, o a los madereros, o a los cazadores de pieles que vagan por los archipiélagos. Muy pronto, resultaría vana toda encuesta etnográfica en aquellos parajes, ya fuera entre los alacalufes, entre los yaganes del Archipiélago de Tierra del Fuego, entre los tehuelches de las pampas atlánticas o entre los onas de Tierra del Fuego, de los que sólo quedan hoy, cuatro o cinco individuos. En adelante, encontrar nuevos documentos acerca de estos sobrevivientes del pasado, sólo sería posible mediante las excavaciones o la arqueología. Todo etnólogo, sobre todo, cuando como Joseph Emperaire, lleva además en sí un naturalista, es también un arqueólogo. Desde 1948 hasta 1951, Emperaire, junto con trabajar en sus *NÓMADES DEL MAR* y en diversas publicaciones acerca de los alacalufes, se dedicó a preparar una larga e importante expedición arqueológica a la Patagonia chilena. Partió de Francia en agosto de 1951. Algunos meses más tarde fui a reunirme con él. En octubre de 1953 estábamos de regreso en París.

A partir de este período, una nueva vida se inició para nosotros. En las regiones australes, las actividades arqueológicas sólo pueden desarrollarse durante el verano. En lo sucesivo debimos compartir nuestro tiempo entre excavaciones veraniegas en Patagonia y actividades igualmente arqueológicas (enseñanza e investigación) en el Brasil meridional, durante el invierno. Estas misiones se veían interrumpidas, durante períodos variables, por jornadas de estudios en París. En octubre de 1958, en función de este turno de estaciones, abandonábamos el Paraná y nuestros cuarteles de invierno, para iniciar una vasta campaña de excavaciones en Patagonia. En diciembre moría José, aplastado por un desmoronamiento ocurrido en su terreno de excavaciones, en Ponsonby, a orillas del mar de Skyring.

La labor realizada durante estos doce años es importante. En el campo etnológico el trabajo más considerable lo constituye *LOS NÓMADES DEL MAR*, completado por diversas publicaciones, particularmente las de *Diogène* y las del *Journal de la Société des Américanistes*. En el plano arqueológico, las publicaciones han concernido especialmente a la prehistoria brasilera.

Quedan, sin embargo, muchos documentos y manuscritos sin publicar. Sobre los alacalufes, vocabularios, observaciones gramaticales, mediciones, esperan al lingüista y al antropólogo que pudieran interesarse por los numerosos documentos sistemáticamente recogidos.

La mayor parte de las investigaciones concernientes a la prehistoria de la Patagonia chilena, permanecían todavía inéditas en 1958, pero su estudio y publicación están en curso. Han sido organizadas nuevas expe-

diciones a los lugares cuya investigación arqueológica fuera iniciada en 1951 y cada año, uno o varios de aquellos yacimientos son o será reseñados, hasta que su conjunto total sea reunido en una obra sobre la prehistoria de Patagonia y Tierra del Fuego. Por lo demás, las inquietudes de Joseph Empeaire, desbordaban ampliamente el marco de sus especialidades. Proyectaba escribir una biografía de Sarmiento de Gamboa, primer colonizador de las regiones australes, cuyo inicial establecimiento a orillas del Estrecho de Magallanes fuera descubierto y excavado por él a comienzos de 1958. Asimismo, habíamos puesto en pie el plan de un vasto estudio sobre geografía humana de las regiones australes, que hubiese llevado el título de TIERRAS DE MAGALLANES. En fin, Joseph Empeaire dejó toda una serie de diarios de viaje, de un interés y de una intensidad extraordinarios. Todos ellos, hasta la fecha, permanecen inéditos.

Toda obra, considerada como eslabón del conocimiento, es incompleta. Los eslabones que ella constituye pueden ser más o menos fuertes, más o menos sólidos. Suelen, a veces, adelgazar hasta romperse. En la obra de un químico, de un físico, de un matemático, lo que uno no hizo el otro lo hará. La materia prima es inagotable. En el campo de una etnología moribunda, lo que no haya sido hecho en la década del 40, ya no podrá hacerse en la década del 60. En ese sentido LOS NÓMADES DEL MAR quedará como una obra importante que por largo tiempo será consultada. Pues ya no se encuentran alacalufes que vivan la vida libre de los antiguos nómades marinos. Los documentos lingüísticos inéditos son irremplazables, pues probablemente no quedan sino algunos individuos que no hayan abandonado su idioma por el español. Ya no resulta posible recoger documentos antropológicos estadísticamente utilizables, acerca de los últimos individuos diseminados a través de los archipiélagos y cuyo mestizaje es cada vez mayor. De allí, el valor insustituible de una obra elaborada con una conciencia escrupulosa y cuyo método de encuesta —la convivencia real, la participación efectiva en la vida de la comunidad— garantizaban contra los errores a que se ven expuestas las investigaciones llevadas en forma más superficial.

Joseph Empeaire ha dejado una obra importante. El haber registrado hechos más tarde desaparecidos, representa un aporte durable para la etnología. Los múltiples documentos arqueológicos acumulados constituyen el punto de partida de un nuevo conocimiento arqueológico de las tierras australes americanas.

Y sin embargo... esta obra, demasiado breve ¿vale acaso el sacrificio de una vida intensamente vivida?

Polvo aportado a una vasta construcción común, en la cual poco importa si éste proviene de tal o cual personalidad, de ese país o de aquél, de hoy o de un poco más tarde, puesto que después, otros aportarán lo que faltaba, hasta completar el edificio. Vanidad de toda búsqueda científica. Uno hace cola, se impacienta, muere a fuerza de ser desinteresado y luego otros, a su vez, se atropellarán para hacer cola y morir.

Se pregunta ¿por qué atribuir precio a un descubrimiento, a una obra científica? ¿Por qué acepta el investigador el riesgo de morir? ¿Por qué se ensañan otros en alabarlo? ¿Y por qué atribuimos un valor moral a la pasión y a la porfía en esta búsqueda, siendo que otros están esperando y solicitando tomar el relevo?

¿De qué, pues, está hecho el espíritu de investigación? ¿De *vanidad* en primer lugar? Por cierto, y de ella nadie se halla exento. Gustamos se nos alabe de un descubrimiento, a modo de revancha. Luego, del sentimiento de una especie de *contrato* entre el investigador y la sociedad. Cada cual, hombre libre o funcionario, corresponde a una inmensa inversión de parte de la sociedad que lo ha producido. Un sentimiento elemental de honradez o de armonía, nos obliga a hacer fructificar las esperanzas que han sido depositadas en nosotros. El éxito nunca es seguro, pero el esfuerzo puesto en alcanzarlo constituye nuestra manera de estar en regla.

Vanidad y honestidad no aciertan a explicar esta inmensa pasión de investigadores entre los que se cuentan algunos de los seres más modestos de la tierra. Muy por encima de estos dos resortes existe el placer puro del conocimiento y la alegría del descubrimiento y de la síntesis. Alegría asimilable, frecuentemente, a la del juego. Jeroglíficos, crucigramas, juego de reconstitución policial, todo se ha dicho. El arqueólogo, ante el terreno recién despejado por él, se enfrenta al más apasionante juego de interpretación, en el cual se trata de dar un sentido a la disposición de cada partícula de tierra, a la forma de cada guijarro. El etnólogo tiene otros juegos. Resulta bueno, en la edad adulta, tener derecho a los placeres de la infancia. Además, se está remunerado. Por lo tanto, se es útil. No se es ridículo. Se está justificado. En la investigación se encuentra la doble satisfacción de la actividad pagada y del acto gratuito. Y este acto gratuito nos abre los placeres agudos del conocimiento.

Alcanzada esa etapa, la investigación se basta a sí misma, y las vocaciones que suscita, se explican. Hay, sin embargo, otra cosa, y esta otra cosa formaba el fondo mismo de la personalidad de Joseph Empeaire. Dentro del juego y del placer del conocimiento, el ser permanece libre. Dentro de la investigación, o de ciertas formas de investigación, el ser está comprometido como en el *amor*, que es una forma del don. Sin esta

noción, nada puede comprenderse sobre la vida y la obra de Joseph Emperaire.

Vanidad, ciertamente, si así quiere llamarse al placer de ser el primero en descubrir algo, en lograr una síntesis. Interés, también, pues, ¿no es necesario acaso, ganarse la vida e integrarse a una sociedad que nos ha modelado? Juego, aún más, con aquella maravillosa exaltación de plantear enigmas y de resolverlos, de ver llenarse poco a poco los casilleros en blanco del conocimiento, aun al precio del riesgo y del sufrimiento.

Sobre la jerarquía de estos estímulos, existe para todos en diversos grados, algo difícil de definir, que es don de sí, entusiasmo, amor. Existen aquellos que se dan enteros a la causa que han escogido, con pasión, hasta morir. Su amor puede aplicarse a todo, a los seres, a los paisajes, a las cosas mismas. Y Joseph Emperaire era de éstos. Para él la investigación significaba participación, en el mundo y en la vida, deseo de aprehenderlos todavía más y de fundirse en ellos a través de un conocimiento profundo de su realidad actual y pasada. Esta noción, común a muchos al tratarse de hombres y de animales, puede parecer extraña tratándose de viejas osamentas, de objetos abandonados, de tuestos informes. Pero también ellos son signos de la vida. No es posible hacer distinciones en la gran unidad del universo. Tratar de conocer las cosas como los seres, reconstituir su pasado, es también amar, participar. Fue esta pasión la que hizo que una mañana de diciembre de 1958, José Emperaire descuidara su propia seguridad. Fue ella también la que impregnó toda su vida, haciendo que ésta valiese la pena de ser vivida.

ANNETTE LAMING-EMPERAIRE

